



En Mataró o en China, la moda siempre está de rebajas

Me resulta sorprendente el despliegue de medios realizado por los Mossos d'Esquadra a principios de junio para clausurar una serie de talleres de confección de Mataró en los que trabajadores y trabajadoras de nacionalidad china producían piezas de ropa. No porque piense que estas personas están mejor aquí que en su país, como se han apresurado a afirmar algunos reconocidos contertulianos televisivos. El motivo de mi estupefacción es la capacidad que tenemos los seres humanos de escondernos detrás del árbol para no ver el bosque. Nunca se atrevería a decir que la explotación de las 450 personas que trabajaban en los talleres de Mataró no sea relevante y denunciable pero estaría bien aprovechar la ocasión para recordar los millones de trabajadoras que hacen jornadas laborales de más de 14 horas, con horarios imprevisibles, por salarios de menos de 100 euros mensuales y que son despedidas a la mínima queja o al mínimo indicio de pertenecer a un movimiento sindical. Estas trabajadoras - chinas, pero también bengalí, tailandeses, marroquíes, hondureños y de muchos otros lugares - se encuentran en la base de un negocio en el que la explotación laboral es un mal endémico.

Entre mediados del siglo XIX y principios del siglo XX, las trabajadoras de los Estados Unidos y Europa reclamaban una jornada laboral de 10 horas, permisos de maternidad y lactancia, la prohibición del trabajo infantil, formación profesional y el derecho a formar parte de un sindicato . Durante una protesta, en 1908, en la fábrica Cotton Textile de Nueva York murieron 129 trabajadoras en un incendio provocado. La lucha de las obreras de la confección comportó mejoras en las condiciones de trabajo en las fábricas, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial. Hasta los años 70 la confección era un sector industrial muy importante en los países ricos pero a partir de los años 80 con el impulso de las políticas neoliberales y la fiebre del libre comercio se inició una deslocalización masiva de la producción de ropa. A pesar de las limitaciones a la importación que imponía el Acuerdo Multifibras, las principales firmas de moda y de ropa deportiva fueron pioneras en la subcontratación de su producción a países empobrecidos con el fin de abaratar los costes salariales.

Como en otros sectores, la competencia por ofrecer las mejores condiciones para la inversión extranjera ha perjudicado a trabajadores y trabajadoras del Norte y del Sur. El cierre progresivo de las industrias textiles ha acabado con miles de puestos de trabajo en los últimos veinte años. La lista de cierres es interminable: en abril del 2008, Dresca en Navarces dejaba en la calle a 180 trabajadores y trabajadoras; tres meses antes había cerrado la empresa Fibracolor en Tordera, con una plantilla de 280 personas; Dogi despidió a 123 personas en Cardedeu y Parets del Vallès; Pasarela cerró su fábrica de Hostalric que ocupaba 45 personas; DB Apparel en Cassà y Massanes, donde trabajaban 132 personas...

Muchas de las empresas catalanas cerradas trabajaban para grandes firmas de moda que han decidido encargar el trabajo en talleres y fábricas más competitivas de Marruecos, Turquía, China ... Cuando la prensa se anuncia los cierres o traslados de producción, a menudo se mencionan las pérdidas acumuladas por estas PYMES como si la infalible mano invisible del mercado hubiera dictaminado que Cataluña ya no es apropiada para coser ropa. Lo que no se menciona tanto a menudo es que las firmas internacionales que antes los encargaban trabajo nunca registran pérdidas. En el ejercicio de 2008 Inditex (empresa propietaria de las marcas Zara, Bershka, Pull & Bear entre

Campaña Ropa Limpia



Clean Clothes
Campaign

otros) alcanzó la cifra récord de 1.253 millones de euros de beneficios, el Corte Inglés tuvo unos beneficios de 747 millones de euros en 2007; Benetton incrementó sus beneficios en un 16% el año pasado llegando a los 145 millones de euros; Nike acumuló 391 millones de dólares de beneficios sólo durante el último trimestre de 2008.

La competitividad que se exige a las fábricas de los países ricos es inalcanzable porque está basada en la reducción a la nada de los costes laborales y fiscales. Como consecuencia, la distribución de la ropa se convierte en un sector dominado por unas pocas empresas transnacionales que imponen condiciones draconianas a las fábricas proveedoras que, para no perder beneficios, trasladan los costes a las trabajadoras y los trabajadores. Da igual si es en Mataró, en Tánger o en Sichuan, las perdedoras siempre son las mismas. Si queremos encontrar los responsables de las condiciones en que trabajaban las 450 personas de los talleres Mataronins debemos averiguar quién ponía su etiqueta en la ropa, qué firmas la comercializaban y qué cuentas bancarias se engordan gracias al sudor de las trabajadoras. Es muy probable que los nombres que encontremos en las etiquetas nos sean muy familiares.

Albert Sales i Campos
Coordinador de la Campaña Ropa Limpia en SETEM-Cataluña
Profesor de Ciencias Políticas en la UPF